

## Dos brigantinos ilustres: Los hermanos García Acuña \*

JOSE ANTONIO MIGUEZ \*\*

### I. PREAMBULO NECESARIO

Hace ya cerca de treinta años, quizá con más entusiasmo que confianza en las propias fuerzas, iniciábamos una investigación sobre la historia y vicisitud de la prensa brigantina. El entusiasmo descansaba en nuestro deseo de descubrir una veta de la vida local, impulsora en amplia medida de las preocupaciones de todo tipo, políticas, culturales y sociales, que habían dominado a los jóvenes de esta tierra desde que comenzaron a difundirse aquí las hojas periódicas en el último tercio del siglo pasado. La escasa confianza que alentaba este deseo provenía más bien de un factor extraño, que pone en riesgo muchas veces en el curso de una indagación que se estime seria, los objetivos que se propone el investigador: la imposibilidad inicial de reunir al menos los materiales imprescindibles, dispersos aquí y allá y en manos de particulares a cuya benevolencia habríamos de acogerlos casi siempre para el desarrollo de ese trabajo con alguna probabilidad de éxito. Afortunadamente, dos hombres beneméritos ya fallecidos, los señores Vales Villamarín y Veiga Roel, no pusieron obstáculo para que utilizásemos colecciones de periódicos brigantinos de su propiedad, facilitando con ello una labor que, en principio, parecía de imposible realización. Ciertamente, las circunstancias en que hoy se trabaja son bien distintas y, aun con las dificultades que siempre encierra una investigación de cualquier clase, no cabe poner en duda la facilidad que supone la clasificación de materiales, un archivo eficiente puesto al día y, para el caso de la prensa brigantina, una encuadernación de los periódicos locales, cuidados con solicitud por el archivero y bibliotecario municipal Alfredo Erias. Hace treinta años era impensable trabajar así, lo cual quiere decir que el entusiasmo y la buena voluntad tenían que imponerse sobre miles de dificultades, supliendo con un esfuerzo metodológico a toda prueba la carencia de ficheros, de colecciones catalogadas o de referencias explícitas a trabajos ya desarrollados en otras partes.

De aquel estudio sobre la prensa brigantina sacamos por entonces consecuencias muy claras: una de ellas, y tal vez la principal, el hecho de que la historia más reciente de la ciudad de Betanzos hubiese tomado cuerpo y se hubiese transmitido también a través del periódico; y otra, no menos importante, el descubrimiento de personalidades fugaces, Quijotes del periodismo brigantino como así les hemos llamado, que, en algún caso, tuvieron una relevancia extraordinaria, no ya sólo como testigos de su tiempo sino también como periodistas y escritores de depurado estilo literario. Si hubo en la prensa brigantina, como ocurre siempre, hojas y periódicos que pudieron desmerecer del conjunto, no es menos cierto que se dio aquí, en muy breve período de tiempo —poco más de veinticinco años a caballo entre los dos siglos, el XIX y el actual— una prensa claramente diversificada, con diarios y semanarios que alcanzaron notoriedad, unos por su labor informativa e ilustradora, otros por su intención delbeladora y política, otros por su tono festivo y humorístico, y, casi todos al fin, por el empeño y la tenacidad que demostraron al servicio de la formación cultural y cívica de las gentes de esta comarca.

Hay nombres que no deben olvidarse de entre la nómina, bien numerosa por cierto, de periodistas brigantinos. En nuestra *Historia y vicisitud del periodismo brigantino* quisimos resaltar, por creerlo de justicia, los de Roque Ponte Peña, que fue el primer director de *El Censor*, y los de Manuel Vaamonde Ponte, Manuel Martínez Teijeiro, Severo Ares Mancera, Hipólito Codesido Sánchez, Juan Gómez Navaza, los hermanos García Acuña y los hermanos Martínez-Seoane Santiso, Adolfo Vázquez Gómez, José Alguero Penedo, Ramón Sanjurjo Ossorio, Julio Romay Rodríguez, Manuel J. Lema, Justo Contas Illás, Hermenegildo Paside, José M<sup>e</sup> Montes, Antonio Núñez Díaz, Wenceslao Fernández Flórez y Antonio Carballo Tenorio (1). También es verdad, sin embargo, que de todos esos nombres, dos figuraban para nosotros entre los predilectos. Y eran, precisamente, uno el de Fernando García Acuña, animador desde el primer instante de su aparición de la prensa brigantina, y otro el del coruñés Wenceslao Fernández Flórez, director que

(\*) El texto que sigue recoge integra la conferencia pronunciada por su autor, el profesor José Antonio Miguez, en el «Centro da Xuventude» de Betanzos el día 23 de enero de 1987 dentro del ciclo «Aspectos varios do pasado brigantino». Con este trabajo se completan los estudios reivindicativos del profesor Miguez sobre los hermanos García Acuña, publicados en los números 8 y 9 del *Anuario brigantino*, correspondientes a los años 1985 y 1986.

\*\* José Antonio Miguez es Doctor en Filosofía y Letras y fue catedrático de Lengua y Literatura Españolas en el Instituto de Bachillerato «Francisco Aguiar» de Betanzos hasta la fecha de su jubilación académica, el 30 de septiembre de 1986. Actualmente es asesor del *Anuario Brigantino*.

(1) J.A. Miguez, *Historia y vicisitud del periodismo brigantino*, Betanzos, 1960, págs. 150-151.

fue del semanario brigantino *La Defensa* y que aquí desplegó una actividad desusada, desconocida también para la mayoría de sus biógrafos, en defensa del agricultor gallego, del «pobre obrero del campo», como proclamaba con insistencia en las páginas de aquel semanario dominical.

Ahora, lo que aquí nos interesa para nuestro trabajo es sin duda la figura de un hombre al que cabe el honor de iniciar los primeros pasos de la prensa brigantina. Nos referimos, claro está, a Fernando García Acuña, que colaboró desde un principio ilusionadamente en las páginas de *El Censor*, y luego, a lo largo de su corta vida, en periódicos brigantinos como *La Libertad*, *El Valdoncel*, *Las Riberas del Mendo*, *El Mendo* y *El Escobón*. En el *Anuario brigantino*, nº 8, de 1985, tuvimos ocasión de recordar la actividad periodística y la «predisposición lírica» de Fernando García Acuña. Breve e intensa, la vida de este hombre, tan enraizado en la tierra mariñana, atrae al investigador por la firmeza de sus sentimientos, por su poderosa personalidad, que se sobrepone por algún tiempo a su reconocida endeblez y debilidad física. Fernando García Acuña era como una llama viva, que se consumía a solas en la intensidad de su nostalgia y de su lirismo, en la ensañación emocionada de mundos más puros, deseados e imaginados, pero casi siempre, o siempre, muy lejanos e inalcanzables para él.

## 2. FERNANDO GARCÍA ACUÑA: UNA ESPERANZA MALOGRADA

He ahí por lo que hablaremos, de ahora en adelante, de Fernando García Acuña como una esperanza malograda. ¿Acaso podría pensarse otra cosa de esa vida truncada infelizmente en la mejor edad, todavía sin haber cumplido los treinta y cuatro años, cuando la melancolía infinita de García Acuña se anegaba románticamente en dolor de ausencia, escribiendo, como él decía, «sus canciones con lágrimas» y consciente además de que sus versos «no valían nada»? Esperanza malograda, en efecto, la de este «poeta y periodista batallador», como le llamó Francisco Vales Villamarín, que aspiraba a cuidar los cuerpos y las almas por su condición de médico, pero que, sin embargo, hizo un aparte con el suyo para dejar volar hacia lo alto suspiros de amor de su alma ensimismada. Fernando García Acuña, el cubanita de Macuriges anclado en Betanzos desde los años de la niñez, pero que no olvidaba ni por un momento las florestas tropicales de su Cuba natal, se sintió posiblemente un huérfano del mundo y, en muchas ocasiones, como él mismo dice, «un pobre peregrino en el desierto errante», el cual, a pesar de todo, tratando de vencerse a sí mismo, luchaba lo increíble por modernizar su país, por acercar la luz de la ilustración a las gentes con las que a diario convivía.

Y esto quiso realizarlo principalmente a través del periódico. Quizá por tal motivo Fernando García Acuña conjugó su profesión de médico con su personal vocación periodística. Fue con toda propiedad, y como habitualmente suele decirse hoy, un médico humanista, en nada ajeno a las necesidades más perentorias de su pueblo. Es ya memorable el primer artículo editorial que publicó *El Censor* en su número de veintinueve de octubre de 1883. Allí, con la firma de Fernando García Acuña, se hace una apelación a la historia y a la razón y, en nombre de ellas, el autor del artículo postula para Betanzos una actividad que la libere de su letargo y de su aislamiento, que revitalice su riqueza y haga digna a la ciudad de colaborar al engrandecimiento del pueblo. Esa era la añorante «aurora de vida» que venía a bañar, decía Fernando García Acuña, «con la esplendorosa luz del progreso estos plácidos vergeles» de la comarca mariñana.

Periodista y poeta brigantino, así hemos creído definir con justicia la figura de Fernando García Acuña en nuestro estudio del *Anuario* de 1985 (2). Una y otra actividad, una y otra inclinación de su espíritu servían preferentemente al desarrollo de su personalidad, tan rica de vivencias y de emociones íntimas. Pero también la personalidad de Fernando García Acuña, no hay por qué negarlo, se dejaba arrebatar por impulsos a veces excesivos, propios de la edad, cuando se trataba de enfrentarse con el caciquismo y los problemas locales, por desgracia casi siempre demorados e irresueltos. El semanario satírico *El Escobón*, que empezó a publicarse en enero de 1888, fue una muestra del coraje personal que demostraba Fernando García Acuña con su aire crítico, acerado, debelador de la administración pública brigantina. En este semanario hablaban los hechos primordialmente. Y, en nombre del cuerpo de redacción del periódico, Fernando García Acuña, el «barrendero» mayor diríamos, aplicaba la sátira en la higiénica misión de limpiar la inmundicia de su pueblo. *El Escobón* era obra casi exclusiva de Fernando García Acuña, y, si sorprende a veces por su tono, demos al menos por buena su intención en otra de las vetas periodísticas de aquel hombre sincero y desengañado, impaciente por mejorar la vida de los demás, por acercar el mundo —el pequeño mundo que le rodeaba— a sus ideales de pureza y de perfección. «Al pan, pan; y al vino, vino», decían muy claramente los «barrenderos» de *El Escobón*. Este adagio popular tan socorrido tal vez expresase el apego a la realidad, lo que seriamente podía constatarse con franqueza para la regeneración del medio; sin embargo, debía chocar también, y originar al menos contradicciones íntimas, en un espíritu soñador y melancólico como el de

(2) Cf. *Anuario brigantino*, nº 8, 1985, págs. 121-128.

F. GARCIA ACUÑA

ORVALLEIRAS

VERSOS

SIN O RETRATO D'O AUTOR

pro c' un prólogo de

D. VITORINO NOVO E GARCIA

BETANZOS  
IMP. DE A. AMENEDO PONTE  
Plaza del Campo, 7  
1887



Portada de la edición brigantina de «Orvalleiras», de Fernando García Acuña

Fernando García Acuña

Fernando García Acuña, ansioso de un vuelo lírico casi permanente hacia metas que resultaban inalcanzables.

Pero era ésta la dura realidad que Fernando García Acuña no podía de ningún modo eludir. Su desahogo lo constituía el periódico, pero su refugio lo encontraba en la poesía: uno y otra se completaban necesariamente, a pesar de su aparente contradicción. También el periódico servía de vehículo transmisor de las inquietudes líricas, de las nostalgias que acosaban permanentemente a Fernando García Acuña. El encono y la pasión con que se trataban en *El Escobón* los temas locales no parecían los más apropiados para un espíritu que tantas veces se vencía del lado de la ensañación y la melancolía. Y mucho menos cuando los ánimos se exacerbaban hasta límites extremos, y a los ataques, a las coplas y a las caricaturas populares de *El Escobón* se respondía con una hoja volandera, un periódico semanal aparecido el ocho de enero de 1888 como «encargado de desenmascarar bribones», cuyo título de *Orvalleiras*, para más escarnio, coincidía con el de la colección de poesías que había publicado Fernando García Acuña el año anterior. El director propietario de *Orvalleiras*, José María Ruanova, y el encubierto director que bien pudiera ser el periodista local Adolfo Vázquez Gómez, arremetían duramente en este periódico contra «los liliputienses y hambrientos redactores de *Las Mariñas* y los ladronzuelos y desvergonzados que hacen *El Escobón*». En concreto, los dos personajes a los que apuntaba con sus dardos la hoja *Orvalleiras* no eran otros que Hipólito Codesido y Fernando García Acuña, blanco directo de aquella hoja que decía defender «la cultura y dignidad de un pueblo como Betanzos» contra los ataques y las mentiras de *El Escobón*; pero, por elevación, *Orvalleiras* disparaba igualmente contra los Pedreira, los Etcheverría y los Naveira, que eran al parecer quienes moverían los hilos de toda la trama, alimentando el resentimiento personal de los redactores de *El Escobón*.

He ahí la tragedia del periodismo local cuando fallaba la altura de miras y todo quedaba reducido a un desahogo biljoso y nauseabundo, expresamente dirigido a zaherir personas, a censurar acciones no probadas y, en muchas ocasiones, a sembrar la confusión y alimentar el descrédito de los demás. En una carta abierta muy expresiva de Aureliano J. Pereira, publicada en *El Escobón* de uno de julio de 1888 y destinada precisamente a José García Acuña, el hermano del «barrendero» de *El Escobón*, se queja su autor de la falta de generosidad con que se acoge al periodista de provincias y de los desengaños y amarguras tan frecuentes que éste debe sufrir. «Trovezarás y hallarás disgustos —le dice Aureliano José Pereira a José García Acuña— en lo que más fácil ahora te parece». Y es que sólo la «chismografía», el lodazal en el que sin quererlo se habían hundido *El Escobón*, *Orvalleiras* y otros periódicos mordaces y satíricos, conseguirían llamar la atención del lector local, enajenado y confuso con aquellas habladurías cínicas y desvergonzadas que, tantas veces, alejaban su pensamiento de otros problemas más acuciantes y de mucha mayor importancia e interés para todos.

En gran parte rectificó su andadura periodística Fernando García Acuña, a partir de enero de 1889, con la publicación del semanario *Las Riberas del Mendo*, después de la desaparición de *El Escobón*. Este constituye para nosotros el año clave de la realización periodística en la vieja ciudad mariñana porque en mayo de 1889 se puede comprobar la existencia de tres semanarios — *El Brigantino*, *Las Riberas del Mendo* y *¡Ya somos tres!* — como exponentes de la gran pujanza de la prensa local. Había desaparecido un tanto de los periódicos aquella saña enconada del año anterior y el propio semanario *¡Ya somos tres!* hacia notar claramente que no atacaría a nadie «porque sí» olvidando temas más constructivos, porque, al fin, «el pedestal de la gloria es bastante grande para contener a los que la merecen» (3).

¡Qué buena ocasión, pues, para que Fernando García Acuña retornase a sus sueños melancólicos, emocionalmente líricos, de remansada perplejidad a las orillas de un río poético como el Mendo cuya belleza y fluir sosegado él mismo cantó como nadie en las páginas de *Las Riberas del Mendo* el cinco de enero de 1889! «No llevarás en tu seno como otros ríos los codiciados granos de oro; no llevarás esa ambición en tus arenas, pero en cambio dando vida a las flores de tus riberas, cantando tu historia, haciendo nacer en cada corola, en cada pétalo, una lágrima, de las tantas que guardas, eres el río adorado de los poetas y de los que, como yo, pulsan su lira pobre al correr de tus mansas aguas».

\* \* \*

Gran periodista, sí, fue Fernando García Acuña y bien lo proclaman sus colaboraciones entusiastas, a veces polémicas, punzantes y satíricas en las páginas de *El Censor*, *El Escobón*, *Las Riberas del Mendo*, *La Libertad*, *El Valdoncel* y *El Mendo*. Pero, indudablemente, su mérito mayor está relacionado con su quehacer literario y poético, actividad esta última que respondía de modo evidente a la honda inclinación romántica de Fernando García Acuña. A la sensibilidad exquisita del poeta brigantino llegaban muy próximos los ecos de *Cantares galegos* y de *Follas Novas* de Rosalía de Castro, y quizá con especial fuerza las obras de Gustavo Adolfo Bécquer — las *Rimas* sobre todo —, ordenadas y publicadas en ocasión de su muerte, en 1871, por sus amigos Ramón Rodríguez Correa, Augusto Ferrán y Narciso Campillo. Ya en el certamen literario de La Coruña, de septiembre de 1885, el mismo año de la muerte de la gran poetisa gallega, Fernando García Acuña dedicó a Rosalía de Castro un sentido poema en gallego que mereció del jurado una mención honorífica en reconocimiento de sus calidades poéticas. Aquí y allá, en los periódicos brigantinos en que Fernando García Acuña colaboraba, e, igualmente, en publicaciones literarias de la época como *O tío Marcos da Portela*, *O Galiciano* y *Galicia Humorística*, su irresistible vocación lírica encontraba al menos un relativo y satisfactorio desahogo (4).

Sin embargo, lo que pudiéramos considerar su verdadero «bautizo literario» de poeta hay que buscarlo en una colección de versos, titulada *Orballeiras*, que, con prólogo de Vitorino Novo y García, se publicó en Betanzos el año 1887 (5). Se recogen aquí cuarenta poemas, de los cuales veintiuno están escritos en gallego y diecinueve en castellano, reproduciéndose no sólo poesías ya conocidas como la dedicada a Rosalía de Castro en el certamen literario de La Coruña sino también otras de publicidad reciente, aparecidas en periódicos brigantinos. Algunas de las poesías de esta colección fueron reiteradas en periódicos como *El Valdoncel*, donde en el número de catorce de abril de 1890 se publica la balada cuyo verso inicial es «dos hermosas golondrinas», o *Las Riberas del Mendo* de doce de mayo de 1889, que incluye el nostálgico poema *A mi patria*, fechado ya en *Orballeiras* en 1880, o, en fin, *El Mendo* de dos de noviembre de 1891, que recoge la composición «se murió como todas las que Dios / a su lado se lleva».

Temas constantes en la poesía de Fernando García Acuña son el amor — el dolorido amor —, la ternura, la amistad, la nostalgia de su patria nativa, un ansia de pureza e inocencia elementales que se conjugan con aladas ensoñaciones líricas y una inquietud profunda ante el misterio indescifrable de la vida. También está presente el paisaje en poemas costumbristas que no son de las más valiosas y, en alguna ocasión, el recuerdo para Campoamor en las poesías de circunstancias que tienen el mismo toque, pragmático y realista, de los *Pequeños poemas* del vate asturiano. Véase como muestra lo que se dice en el primer poema de *Varias fechas*, número XXXVI de la colección de *Orballeiras*:

(3) Cf. *Historia y vicisitud del periodismo brigantino*, pág. 67.

(4) En *Galicia Humorística*, t. II, núm. 1, 1888, págs. 24-26, se publicó una estampa costumbrista de Fernando García Acuña, titulada *José Vázquez (a) O Chiquito*, en la que el periodista brigantino glosa la figura popular, en Betanzos y en las Mariñas, de este «conteiro de contos», José Vázquez, «... a quen chaman de mal nome O Chiquito, sobriño carnal da Tía Caraballas, viciña da Riveira de Betanzos». A José Vázquez, *O Chiquito*, diéronle en Betanzos el empleo de tambor de la ciudad y la sociedad Liceo de Artesanos, como dice Fernando García Acuña, «por algúns anos ó cargo de sermónista n'a morte d'o Antroido». También fue cartero de la ciudad y mozo de confianza en una factoría de Ferrol. «Eiqui n'este pobo é tan nomeado ó Chiquito — resume en su estampa García Acuña — que n'ai home d'o seu tempo que non fale d'os seus chistes e argalladas». En la breve reseña que dedica Ricardo Carballo Calero a Fernando García Acuña en su *Historia da literatura galega contemporánea* (1808-1936), 3ª ed., Galaxia, Vigo, 1981, págs. 459-460, dice refiriéndose a esta estampa del escritor brigantino: «Pode tamén se leer o seu traballo en prosa sobre José Vázquez (a) *O Chiquito*, tipo popular betanceiro». La cita no puede ser más escueta.

(5) F. García Acuña, *Orballeiras* (versos sin o retrato d'o autor pro c'un prólogo de D. Vitorino Novo e García). Betanzos, Imp. de A. Amenedo Ponte, Plaza del Campo, 7; 1887.

*Como tanto he leído a Campoamor  
no te extrañes, por Dios, que en él me embeba;  
yo soy en las corrientes del amor  
ligero esquife a quien las aguas lleva,  
y escribo coplas porque Dios lo quiere  
para el gusto de aquel que las leyere.*

Pero Bécquer, o al menos su delicado intimismo y su poder de seducción como poeta del ensueño, «que hiere el sentimiento» como diría Ferrán, se aparece como el principal inspirador de Fernando García Acuña. Hasta en el título de algunas de las mejores poesías de la colección de *Orballeiras*, y en su misma estructura formal, las quince *Rimas* de Fernando García Acuña recuerdan a las del romántico poeta sevillano. El amor, el misterio de la existencia, los sueños que embelesan y ensimisman al poeta son otras tantas motivaciones de estas hermosas *Rimas* de Fernando García Acuña, escritas desde el desencanto o la desilusión, con penas y con lágrimas apenas contenidas por el poeta. Así, la *Rima II* ahonda en el sentimiento de enajenación tras el desencanto amoroso:

*La quería muchísimo;  
la dije en verso y prosa  
lo que suele decirse en casos tales  
cuando a ciegas se adora.  
La dije... Yo no sé lo que la dije,  
pues sólo el recordarlo me trastorna:  
lo que os puedo decir es que ella misma  
labrando está en mi corazón su fosa.*

Y luego la *Rima III* proclama románticamente el amor como algo inexplicable, rebelde al pensamiento, sentimiento puro:

*Será el amor un algo inexplicable  
será lo que tú quieras...  
Mas, para hablar de asunto semejante,  
es preciso que sientas.*

Hermosísima es la *Rima V*, con anticipo de imágenes que parecerían lorquianas, mientras la *Rima VIII* nos envuelve en el misterio de la duda para afirmar como Bécquer, entre sombras, la sola creencia en la pasión amorosa:

*Brillando están las estrellas  
allá lejos, allá lejos.  
Su luz me dice que Dios  
se está mirando en su fuego;  
y cuando miro tus ojos,  
lindos como dos luceros,  
creo que Dios, como yo,  
está mirándose en ellos.*

Enseguida la duda entre sombras, como ya se ha dicho:

*En el misterio de la duda vivo,  
y en medio de las sombras,  
si en algo creo hoy día, es solamente  
porque sé que me adoras.*

Igual que Bécquer, Fernando García Acuña podría repetir aquella rotunda exclamación de la *Rima XVII*, confirmada en un momento por el triunfo del amor:

*¡Hoy creo en Dios!*

Pero ese triunfo apenas rozaba las lindes del sueño, y era sutil y dejaba jirones del alma en el dolor y el desencanto del poeta. Así en la *Rima XII*:

*Anoche tuve un sueño  
como nunca lo tuve así en mi vida;  
soñé que me querías mucho, mucho...  
¡Quién de sueños se fia!*

Y en la *Rima XV*:

*De loco me has tachado porque un día  
he dicho que te amaba;  
no lo creas, mi bien; lo que yo tengo  
lo saben tus miradas.*

*De loco me has tachado porque digo  
cuanto siento en el alma...*

*¡Locuras cual la mía hay en el mundo  
muy pocas, por desgracia...*

*De loco me has tachado, y no comprendo  
el porqué me lo llamas...  
Si lo soy porque te amo, ¡puedes creerlo!  
¡verte loca anhelara!*

Fernando García Acuña, ya queda dicho, escribió sus *Orballeiras*, casi mitad y mitad, en castellano y en gallego. Es posible que, en algún caso, las poesías en gallego vengan forzadas por las circunstancias y acusen las naturales indecisiones del poeta y la inseguridad de una lengua que pugnaba entonces por alcanzar de nuevo categoría literaria. El poema *A Rosalia de Castro* no es precisamente de lo más logrado de Fernando García Acuña y revela en cierto modo los tópicos que se concitaron en torno a la cantora del Sar, con un recuerdo a los pájaros, a las flores, a las nieblas, a la soledad y a la melancolía del paisaje, pero sin ahondar en el estremecimiento y en la poesía angustiada y metafísica de quien se revelaría, con los poemas del libro *En las orillas del Sar*, una de las poetisas más dramáticamente desesperanzada, más existencial, de la literatura contemporánea española. \* \* \*

*Sospiros, bágoas, tremores,  
anacos do pensamento;  
cancións que tiveron niño  
no corazón do meu peito.*

Esto era en síntesis lo que ofrecía a su madre en la dedicatoria o prólogo de sus *Orballeiras* el poeta Fernando García Acuña. Pero habría que añadir algo más también, quizá inexpresable en palabras como el dolor íntimo por la hija muerta que lleva por un momento al poeta a la meditación angustiada y a formularse una pregunta que no tiene contestación:

*¡Para qué venir al mundo  
si al fin de lenta jornada  
ha de quedarse apagada  
en nuestros ojos la luz?*

Y la amistad, que es un sentimiento que cultiva fielmente Fernando García Acuña, halla un lugar en las dedicatorias a dos de sus buenos amigos, el periodista Roque Ponte Peña, con el que colaboró fraternalmente en la redacción de los primeros periódicos brigantinos, y el médico, y por tanto, colega, Ramón Peón, al que está dedicado el poema *A virxe de Leiro*, «unha virxe moi boa/abogada dos males dos ollos». La libertad y el sentimiento patriótico, tal vez en poesías menos conseguidas que las propiamente líricas y de expresión de vivencia interior, completan el conjunto de los temas cultivados por Fernando García Acuña en esta colección de *Orballeiras*. En él persistía, con todo, la nostalgia por su tierra de Cuba, la tierra amada de su madre a la que el poeta parece añorar esperanzado cuando su corazón, profundamente dolido, y sus ojos, atormentados por la falta de luz, se envuelven en nieblas y avivan su sufrimiento y su agudo llanto íntimo. Desde el paisaje de su Galicia tan querida el poeta Fernando García Acuña cantaba a América y una dualidad de amores irreprimible, que oscilaba de una a otra patria en la misma medida que lo hacían su tristeza o su desesperanza, producía poemas nostálgicos que traían el recuerdo de la niñez admirando el cielo azul y la alegre floresta de Cuba. Y así canta el poeta:

*¡Oh Cuba!... por ti suspiro  
y en llanto amargo deshecho  
siento crecer en mi pecho  
la tristeza y el pesar.  
Desde estos hermosos campos  
llenos para mí de abrojos,  
hacia ti vuelvo los ojos  
ya cansados de llorar.*

Pero este poeta de tan hondas nostalgias, de tan encontrados sentimientos, tercamente, a pesar de todo, se afirmó en la tierra marañana, aunque Dios sabe con cuánto dolor y desgarró de su espíritu. Era ésta sin duda su condición de hombre, tan verdadero y tan puro en su creación en soledad, en su intimismo de poeta romántico. Vitorino Novo, en el prólogo que escribió para la colección de *Orballeiras* pidió a los poetas gallegos que cediesen un lugar entre ellos «al hijo de América que habla nuestra lengua y reza en nuestros altares; al que ha elegido aquí la compañera de su vida y escogió a nuestra tierra bien amada para patria de sus hijos; admitid propicios —añadía— el esfuerzo que nos ofrece aquel que ha cantado nuestras glorias y ha llorado con ternura sobre las tumbas de los poetas muertos». Y, ¿qué menos podía pedir —decimos nosotros— para un hombre de tan intensa y morriñosa afectividad, para un poeta tierno, delicado, de dolorido sufrir, que proclamaba su amor a América porque América le dio la luz —«p'ros ollos da miña cara»—, pero también a Galicia, que dio esa misma luz a su ilusión de poeta, «douma —dice él en una de sus poesías— p'ros ollos da alma»?

El arrebatado luchador de los primeros periódicos brigantinos, el poeta que, salvando las distancias, estremecía al igual que Bécquer con su lirismo amoroso y ensoñador, quiso morir en

# EL ECO DE GALICIA



Año IV.

Buenos Aires, 28 de Febrero de 1895

Nº 121

<p>REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: SANTIAGO DEL ESTERO, 102</p>	<p>ÓRGANO DE LOS GALLEGOS RESIDENTES EN LAS REPÚBLICAS VED. AMERICANAS</p>	<p>Fundador: JOSÉ M. CAO Director y propietario: M. CASTRO LÓPEZ</p>
---	--	--

SEMANARIO.—F. García Acuña, por M. Castro López.—  
*Critica fin de siglo*, por «Pol de Gaitan»—*Galicia  
histórica: Los tantos patronos*—*Huamán Bury*,  
*Apuntes de un crítico incipiente*, por «Xullian  
d' as botas»—*El perro y el guarda*, por Aurelio  
Bihalla — *Atraviesamiento*, por «Abén [Zas]»  
— *Otro atravesamiento*, por «Abén [Zas]»  
— *Fragmento*, por Galo Salinas Rodríguez—  
*Amor de nai*, por «Eun»—*Os lotos*, por Galo  
Salinas Rodríguez—*Noticias de Galicia*—*De  
todas partes*—*Notas bonacerezas*—*Bibliografía*  
—*Post-tiempo*.

mirablemente dibujado que iguala en color y en sabor local á los más notables que han escrito los poetas gallegos; como la dedicada á Rosalía Castro y que obtuvo honorífica mención en el Certamen literario presidido por Emilio Castelar en la ciudad herculina el año 1885; como la *Mulietra*, puesta en música por Ohsán, director entonces del celebrado Orfeón *Eco varués*; como *Obrindis d'o demo* y tantas otras, con cuya publicación se honraron periódicos de Compostela, la *Atenea gallega*, que fueron coleccionadas más tarde en forma de libro, y alguna de entre ellas mereció la distinción de ser reproducida en revista de la importancia de *la revista de la revista*, dirigida por Labarta Pose.

Suspiros, bágoas, temores,  
Anhcos d'o pensamento;  
Cancions que liveron niño  
N-o corazon d'o meu peito;  
Est'e soamento é conxunto  
D'este libro que ali' ofreceo.  
¡Ay, si el valira unha parte  
D'o curiño que che teño!

Se equivocó nuestro melogrado amigo. Lo que él llamó fruto de un tiempo perdido, es lo único que le da derecho á la gratitud eterna de Galicia; arduidad tanto más debida cuanto que García Acuña no había nacido en la *pequeña patria*. Su cuna es la cuna de su madre: Cuba.

## F. García Acuña

El corresponsal en la antigua *Britannium* de *El Diario de Galicia*, de La Coruña, comunicó á dicho periódico en el próximo pasado mes de Enero, y los demás diarios gallegos la reproducción de la siguiente noticia:

«A las tres de la tarde del 16 falleció en Batanzos, despues de recibir los Sacramentos, el joven médico, poeta y periodista D. Fernando García Acuña, autor del libro de poesías en gallego y castellano *Orballeteiras* y ex director de *El Escobón* y *Las Riberas del Mendo*».

Pronto, pues, ¡demasiado pronto para la familia, que le adoraba, y para las galicias letradas se ha realizado la suprema aspiración que García Acuña nos revelara en aquellos versos que dicen:

Sus poesías en castellano son delicadísimas. Recorriéndonos nuestros lectores con la lectura de una de ellas. Al azar tomamos esta balada:

I  
Dos hermosas golondrinas  
Asían en mi ventana.  
Son las mismas que ha dos años  
Asidaron en tu casa.  
¡Ven á verlas! Qué bonitas  
Y ufanas y alegres caían  
Al ditiarse á lo lejano.  
Del sol la nueva alborada!  
¡Ven á verlas, ven á verlas!  
Traen en sus negras alas  
El sello que las pusieron  
Aquella hermosa mañana  
Fecha de un ayer, que hoy  
Quedó convertido en lágrimas.

II  
Ya no pasan por tu calle  
Poradonde en tu ventana.  
Ni escuchas nuestros amores  
Ni nuestras tiernas baladas.  
¡Qué hermosas son! Se parecen  
A mis locas esperanzas  
Que emigraron al extranjero  
Con el invierno en tu alma!

Poeta, es de consiguiente muy digno de admiración y respeto. No lo es menos el hombre: nosotros que nos honramos con su amistad lo aseguramos. No puede alimentarse perversos sentimientos quien, como García Acuña, decía á su madre:

Catro ringtons mal esquitros  
Froito d'un perdido tempo;

Como algunos, buenos gallegos suspiramos en la América por el país que nos dio la vida. Nuestro amigo García Acuña en Galicia por sus lindas *vegas* por sus *vegas americanas*; pero, como se ha visto ya, su cariño á Galicia superó al que, á la tierra del *asum-sum* sobre la flor, profesaba; que en otro caso no anhelaría dormir el sueño último en las deliciosas *Marías*. Tal es Galicia.

Descansa tranquilo, poeta; poeta del amor, *d'a terraña*, de la libertad, de la nación española. Los que aun quedamos luchando en este mundo, *país hondo, oscuro*, cual dice Fr. Luis de León, y lo conocemos suficientemente, tendremos siempre para tu memoria consideración y cariño.

M. Castro López.

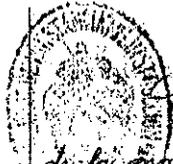
27, Febrero, 1895.

## Critica fin de siglo

Sr. Director de EL ECO DE GALICIA.  
¡Querida Vd. permítame echar una canita al aire y meterme en camisa de once varas, para tratar de lo que no entiendo!... Me figuro la sorpresa que le causará el exabrupto del exordio y la singular osadía de mi propósito; y aprovechando su momentáneo *abatamiento*... él sí me tiene ya abusando de su benevolencia.  
Está de Dios que Bretón ha de hacerse famoso en Buenos Aires no tanto por el mérito artístico de sus obras (cosa

Nota necrológica de Fernando García Acuña en «El Eco de Galicia» de Buenos Aires

quince



Número 14.  
Don Fernando  
García Acuña

En la Ciudad de Pinaros a las once  
de la mañana del día diecisiete de Enero de mil  
ochocientos noventa y cinco. Sonté Don Juanes  
Martínez Santos, juez municipal, y Don Enrique  
Gómez Pando, Secretario, compareció Don Jesús  
Caballero Lopez, mayor de edad, casado, vecindante  
natural y vecino de esta Ciudad, Calle de la Re-  
ina número cincuenta y dos, provisto de cédula por  
sonar del actual ejercicio talon número quince, de  
la que estubo y volvió a recoger manifestando: que  
en esta Ciudad, Calle de la Reinana número  
veinticinco, falleció a las tres de la tarde del día de  
ayer a consecuencia de "traquea - laringitis crónica"  
Don Fernando García Acuña, de treinta y cua-  
tro años, casado, licenciado en medicina y cirugía  
natural de Maquiques en la Isla de Cuba, domi-  
ciliado donde falleció, de lo cual y por hallarse pre-  
sente a su defunción, deba darse en debida forma.

Y el Señor Juez en vista de la anterior mani-  
festacion y de la certificacion facultativa expedida por  
el médico cirujano Don José Porto, mandó extender  
la presente acta, y consignar en ella además de lo  
expuesto, los particulares siguientes:

Que dicho finado era hijo legítimo de Don Fernando, difunto y de su mujer Dona Juana, viuda y vecina de esta Ciudad.

Que al acto de su fallecimiento se hallaba ca-  
sado con Dona Consuelo Pedreira Rego de cuyo  
matrimonio dejó por hijos a Dona Consuelo,  
Don Fernando y Dona Isabel, menores de sus  
padres, y todos domiciliados en v. de la defunción.

est:  
pre  
apá  
liri  
cur

(6)  
larit  
dice  
Con

Que otorgó testamento en once de Dize-  
nbro del año pasado ante el Notario  
Don Juan Chinos de esta Ciudad de  
I que a su voluntad se le dará sepul-  
tura en el Cementerio general de la mis-  
ma

Fueron testigos presenciales Don Fran-  
cisco Mateo Castro y Don Mariano  
Bouza Rego, vecinos de esta propia Ciudad

Leida íntegramente esta acta a las  
personas que deben suscribirla e invita-  
das a que lo hicieran por sí mismos si  
lo quisieran convenientemente, se dio por termi-  
nada, estampando en ella el sello del  
Juzgado y la firma de Pedro Juncal  
y los presenciales de que conste.



Manuel Martínez  
Jesús Catalina

Manuel Bouza

Manuel Bouza

Enrique González

Acta de fallecimiento, en Betanzos, de Fernando García Acuña

esta tierra en la que vivió y a la que tanto amaba. No obstante su juventud, Fernando García Acuña presentaba su temprana muerte. Con ella se malograba una esperanza todavía incumplida, se apagaría también una llama que ardía pura abrasada de intimismo, desbordada de efusiones líricas, saudosas, melancólicas y, por ende, intensamente románticas. Su deseo se vio al fin cumplido y aquí halló, como él quería, su descanso eterno (6):

Que me enterren nas Mariñas  
cando morra, tan só quero  
qu' é o mesmo que si tivera  
a tomba no mesmo ceo.

(6) Efectivamente, Fernando García Acuña, que falleció a las tres de la tarde del día dieciséis de enero de 1895, de una «traqueo-laringitis crónica», en su domicilio de Rúa Traviessa, nº 25, de Betanzos, fue enterrado en el cementerio de esta ciudad al día siguiente, diecisiete de enero. Según consta en el acta de defunción — nº 14, tomo 11, cuaderno 22, del Juzgado de Distrito — estaba casado con Consuelo Pedreira Rego y dejaba tres hijos menores de seis años, Consuelo, Fernando e Isabel.

### 3. EL COSTUMBRISMO LOCALISTA DE JOSE GARCIA ACUÑA

El contraste con la vida corta, de horizontes más limitados de Fernando García Acuña, la vida de su hermano José, diez años más joven que aquél, se prolonga en el tiempo y alcanza de hecho una plena madurez con los sesenta y un años ya cumplidos en la hora de su muerte. José García Acuña nació en Betanzos el quince de enero de 1872 y aquí, por deseo expreso suyo, recibió también sepultura el diez de junio de 1933, luego de su fallecimiento el día anterior en la ciudad de La Coruña (7).

Sería prolijo enumerar en detalle los méritos de José García Acuña. Baste decir que fue un hombre de proyección universal —un verdadero hombre de mundo—, que tuvo conciencia de que, tanto con su pluma como con su quehacer diplomático, servía a los intereses de su patria y a unos ideales de regeneración y vertebración del Estado. Hombre de estudio, buen jurisconsulto, periodista en su tierra en los años mozos —pues está acreditada su colaboración en periódicos de Betanzos como *Las Riberas del Mendo* y *Las Mariñas*, y de La Coruña como *El Noroeste*—, fue después de su ingreso en la carrera consular el año 1896 un diplomático que alternó su grave responsabilidad de representante de España, sobre todo en los trágicos momentos de la descolonización de Cuba, con sus tareas vocacionales y nunca abandonadas de escritor, de periodista —piénsese que colaboró también en *El Globo*, *Blanco y Negro* y *La Esfera* de Madrid, y, en América, entre otros, en el *Diario de la Marina* de La Habana y *Excelsior* de Méjico— y, en un plano igualmente destacable, de ensayista y de historiador que interpreta los hechos históricos con visión proyectada desde el pasado hacia el futuro como supuesto práctico para la reorganización posible de la sociedad.

José García Acuña, que residió durante tanto tiempo fuera de España, no perdió nunca, a pesar de todo, el contacto con su tierra. Con más rigor y más pragmatismo que su hermano Fernando, pero sin sus dotes innatas de poeta lírico, José García Acuña llevó prendida en sus ojos, no obstante, la visión dulce y agarimosa de estos campos, de los puentes, de la calles y los rincones de su Betanzos natal hasta el punto de que podría repetir, viajero contante hacia las tierras americanas, aquella copla de su hermano Fernando en la que el lirismo cede también por una vez a la ramplonería de dudoso gusto (8):

*Adiós, pontiña das Cascas,  
c'o río d'as lavandeiras,  
adiós, mociñas garridas  
qu'ali lavadel-as pernas...  
Voume pra lonxe, pra lonxe,  
Queira Dios que volv'á velas!*

Hemos de resaltar, pues, como un hecho evidente que José García Acuña no olvidó nunca esta tierra que le vio nacer. Ni la lejanía de España, ni sus comprometidas misiones diplomáticas en las Islas Bermudas, los Estados Unidos de América, Puerto Rico, Venezuela, Panamá, Inglaterra, Francia y Méjico, fueron obstáculo para amortiguar el recuerdo y con éste la dedicación literaria que tiene su expresión muy concreta en la reviviscencia del costumbrismo localista en una novela como *La Mariñana*, que no es otra cosa que una de las muchas muestras, apenas recordada en nuestros días, de un tipo de narración entre realista y naturalista, con inclinación a reiterar los motivos eróticos, que se desarrolló profusamente en España en el primer tercio de este siglo. El campo de la novela no fue, sin embargo, exclusivo de la dedicación de José García Acuña. Si Antón Villar Ponte llamó «ilustre polígrafo» al escritor brigantino lo fue precisamente por la variedad de sus estudios y de sus trabajos de investigación, que incidían tanto en el campo literario como en el

(7) Según consta en el acta de nacimiento —n° 151, tomo 1, cuaderno 2, del Juzgado de Distrito, de diecisiete de enero de 1872—, José García Acuña nació en Betanzos, calle 2ª de Noas, n° 35, a las dos de la madrugada del día quince de enero de 1872. Al recién nacido se le impusieron los nombres de «José, Ramón, Pablo». Al margen del acta de nacimiento consta también, con fecha cuatro de abril de 1893, la concesión de emancipación «tan amplia y favorable como sea posible», por parte de su madre Doña Juana Acuña Sánchez, ya viuda de Don Fernando García Carvajal, otorgada por escritura de dos de marzo ante el notario de Betanzos don Juan Arines Montenegro, para que José García Acuña, soltero, de veintidós años y abogado de los Tribunales de la Nación, «pueda registrar sus personas y bienes como si fuera mayor de edad».

Las dudas sobre la fecha del fallecimiento de José García Acuña nos han sido aclaradas por los sobrinos del escritor y académico, hijos del matrimonio entre José de Castro Dans y Juana García Acuña. Puede afirmarse con toda seguridad que José García Acuña falleció en La Coruña sobre las siete de la tarde del nueve de junio de 1933 y fue enterrado en el cementerio de Betanzos por la tarde del día siguiente, previo traslado de su cadáver desde La Coruña. Era José García Acuña el quinto hijo del matrimonio formado por Fernando García Carvajal y Juana Acuña Sánchez. Sus hermanos Josefa, Francisca, Demetrio y Fernando habían nacido en Cuba; él mismo, y sus otros dos hermanos Rafael y Juana, vieron la luz en Betanzos. La prolongación familiar sólo fue posible por el matrimonio del comerciante brigantino José de Castro Dans, establecido posteriormente con un comercio de ferretería en el Cantón Grande de La Coruña, y la hermana menor Juana, a la que los dos hermanos, Fernando y José, profesaban un gran afecto.

(8) No es difícil constatar que la ramplonería, e incluso el burdo materialismo, están presentes de vez en cuando en los mejores poetas líricos. Hay que perdonarles benévolutamente estas repentinas caídas, como lo hacemos con el Bécquer de la *Rima XXVI*, que proclama que «con oro, cualquiera hace poesía» y, alejándose de su puro lirismo, dice en esta *Rima* de manera bien prosaica:

*Voy contra mi interés al confesarlo;  
pero yo, amada mía,  
pienso, cual tú, que una oda sólo es buena  
de un billete del Banco al dorso escrita.*





J. G. ACUÑA

# LA MARIÑANA

NOVELA

B.T.S.



MADRID  
EDITORIAL ATLÁNTIDA  
Santa Engracia, 125  
1923

ACADEMIA GALLEGA

## DISCURSOS LEIDOS

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL SEÑOR

DON JOSÉ GARCÍA ACUÑA

COMO ACADÉMICO DE NÚMERO

EL 15 DE NOVIEMBRE DE 1932



1932  
IMPRESA HOBREV  
LA CORUÑA

Primera edición de la novela «La Mariñana», de José García Acuña

Discurso de ingreso de José García Acuña en la Real Academia Gallega

del Derecho constitucional, el ensayo sociológico y político, o en el de la recuperación histórica de figuras mal conocidas como la del fraile franciscano fray Martín de Jesús o de La Coruña. Desgraciadamente, quien hoy quiera conocer algo de la actividad como escritor y de la producción literaria de José García Acuña a través de manuales de literatura gallega deberá contentarse con las notas a pie de página de la *Historia da literatura galega contemporánea* de Ricardo Carballo Calero y, para ello, en una referencia escuetísima a su trabajo, *Murguía, poeta*, publicado en uno de los Boletines de la Real Academia Gallega (9). Pero no es menos cierto que también se le desconoce en los manuales más acreditados para el estudio de la literatura española. Herederó en cierto modo de la novelística naturalista tal como la concebía doña Emilia Pardo Bazán, José García Acuña bien pudiera ser incluido en ese capítulo que Eugenio G. de Nora dedica a los escritores de principios de siglo que representan el retorno a la novela costumbrista, teñida de un cierto dramatismo y naturalismo erótico, evasivo con todo de una realidad que resultaría aún mucho más cruda y desagradable. Contemporáneo de José García Acuña fue el novelista Alejandro Pérez Lugín y ya es sabido por todos el éxito que conocieron novelas suyas como *La Casa de la Troya*, reflejo anecdótico antes que nada de la vida de los estudiantes santiagueses, pero sin un mensaje trascendente ni el menor asomo de calidad literaria (10).

*La Mariñana*, novela publicada en 1923, es la obra del género que mejor patentiza los sentimientos de su autor y los recuerdos seguramente tan vivos de su juventud, enmarcados en el tipismo costumbrista de un ambiente que José García Acuña conocía muy bien y aun sin duda añoraba, con melancólica nostalgia, desde la lejanía de las tierras de América (11). Sabela, la hija de la señora Andrea, «la del batel», viuda del batelero del Pasaje del Pedrido, como se dice al

(9) Sabido es que Ricardo Carballo Calero, en su *Historia da literatura galega contemporánea*, omite por sistema a todos los escritores gallegos que escribieron sólo en lengua castellana. A José García Acuña le cita, pues, en referencia expresa a Manuel Murguía, por su trabajo *Murguía, poeta*, publicado en *Boletín de la Real Academia Gallega*, año XXVIII, núms. 248-249, págs. 173-179. (Cf. R. Carballo Calero, *Historia da literatura galega contemporánea* (1808-1936), 3ª ed., Galaxia, Vigo, 1981, págs. 217, 419, 806).

(10) Cf. Eugenio G. de Nora, *La novela española contemporánea* (1898-1927). B.R.H. Estudios y ensayos, núm. 41. Ed. Gredos, Madrid, 1958, t. I, cap. VII, págs. 343-381.

(11) J.G. Acuña, *La Mariñana*, Editorial Atlántida, Madrid, 1923, 329 págs. (Hay al menos, que sepamos, otra edición de *La Mariñana*, incluida en la Biblioteca de «El Regional», San Marcos, 7; Lugo, 1924)

comienzo de la novela, es la muchacha que protagoniza la narración y alrededor de la cual se mueven tipos de la más variada especie, dentro del ambiente y del tipismo característico de la ciudad mariñana. Fuco Tenreiro es tal vez el más próximo a Sabela, porque no en vano «habían nacido ambos, pared por medio, en la misma chabola, con pocos meses de diferencia». La propia señora Andrea, madre de Sabela, le había recogido de manos de su madre moribunda, jurando a ésta que lo trataría lo mismo que si fuera hijo suyo. Entregada con éxito al comercio de la ropavejería en los populares mercados brigantinos, la señora Andrea vio crecer a sus dos «arrapiezos» con la ilusión de que el amor prendiese entre ellos, se casasen en gracia de Dios y pudiesen darle «dos o tres nietos, rollizos y hermosos», que alegrasen su no lejana vejez. Pero Sabela rompió toda previsión. El traslado de la familia desde el Pasaje del Pedrido a la ciudad brigantina fue motivo bastante para que Sabela, «cacho de gloria robada a la paleta de Rubens», se iniciase en el arte de la coquetería y se convirtiese a la vez en la muchacha «más plantada, más guapa y más alegre» de la ciudad. José García Acuña, que es maestro en la descripción de tipos, nos la presenta con las galas de la costurera de la época, con vestido «menos rico, pero mejor hecho y mejor llevado que solían las señoritas del Cantón Pequeño». Transformación estética de la muchacha que se convierte también en transformación psicológica. Y éste era el cuadro que ofrecía a los ojos de todos en la descripción de José García Acuña: «Ya la chambrá y el pañuelo de talle cedieran su puesto al corpiño entallado y al abrigo de moda; ya las gruesas y doradas trenzas que, medio cubiertas por el pañuelo anudado al cuello, caían abundantes hasta más abajo del talle, se encaramaban sobre la cabeza formando un moño más o menos griego, y ya, en vez de la dulce y agarimosa habla regional, que tan bien sonaba en aquella boca fresca, de la que manaban las palabras lentas y mimosas como impregnadas en la miel de sus labios bermejos, había dado ahora Sabela en la flor de emplear un castellano grotesco, que el esfuerzo de pronunciarlo con toda propiedad y finura, al modo señorial, enarcando las cejas y frunciendo los labios, hacía más ridículo todavía, como si en una gaita gallega se pretendiese interpretar música alemana».

La desenvoltura, la frivolidad y también, por qué no decirlo, la belleza y la gracia de Sabela propiciaron sus males y luego su trágico final. Pronto surgieron en la ciudad rivales de la moza casadera, arisca y ensoberbecida para los amores de Fuco. Y entran así en escena en la novela dos personajes contrapuestos, entre los cuales se dilucidará la suerte y la desgracia de la hermosa Sabela. Uno de ellos, perfectamente retratado por José García Acuña, «era el señorito de Otero, el pollo más distinguido de la ciudad, un tenoriete veraniego, que no bastando a su reputación de conquistador los laureles discernidos por la opinión escolar compostelana que le había bautizado con el merecido remoquete de «el oso tierno», aprovechaba las vacaciones para cotejar aquellas de sus paisanas que conceptuaba dignas de tal honor, y en especial a las costurerillas brigantinas». El otro era Luis, que aparece de súbito, el mismo día del comienzo de las fiestas de San Roque, en la tertulia de los jóvenes que acompañaban a sus casas a las costureras brigantinas. A Luis, cuyos dos amores son su madre y su aldea de Bergondo, se le retrata en la novela como «el políglota de la ciudad, un mozo de alguna más edad que la mayoría de los que formaban la tertulia, de mediana estatura, mirada viva y audaz, aspecto sumamente inteligente y reflexivo, fornido de cuerpo, tez morena, pronunciado perfil y ojos tan grandes y expresivos que la palidez mate del semblante hacía aparecer aún más rasgados y profundos, llenos de ensoñación y misterio». Todo lo demás se da por supuesto y entra en la línea de la novela y del triunfo momentáneo de los malos sobre los buenos: Luis se enamora de Sabela con amor casto, con sentimiento estético hermanado a un cariño protector y familiar. Y Otero, por el contrario, el señorito pretencioso y conquistador, desea y obtiene la posesión de Sabela y prepara con ello la ruina de la muchacha y su muerte. Porque el final de *La Mariñana* hay que calificarlo ciertamente, si no de trágico, al menos de melodramático. Sabela muere al dar a luz en el Hospital de Caridad de La Coruña, en un alumbramiento que provoca también la muerte de su hijo.

Para el autor de la novela éste es el precio de la reconciliación. La muerte de Sabela reúne a los tres amadores —Fuco, Otero y Luis— y opera la regeneración y arrepentimiento del antes bravucón y miserable Otero. ¿Quién, sino él, es el causante de la tragedia, de la muerte en flor, «como un capullo tronchado por el vendaval y asaetado por el cierzo» de la hermosa obrerilla mariñana? El reconocimiento de su miseria, el remordimiento por la muerte de Sabela, delante de Fuco, de Luis y de su amigo Juanito, produce la sensación de que Otero se ha recuperado para la vida y para la amistad, para cumplir en adelante con los demás como un hombre honrado, mientras el cuerpo joven de Sabela encuentra un refugio en los brazos de la eternidad.

La novela, con este «pastiche» final que atenúa la tragedia, deja un sabor agridulce fuertemente moralizante y aun optimista, en el pensamiento de Luis, el amante platónico de Sabela. Parece como si esta muerte, dominada la desesperación momentánea, fuese para Luis un acicate para proseguir con paso más firme por el camino de la vida. «No muere todo —medita al final de la obra. No hay desesperación que baste a anegar de amargura nuestros sentimientos y mellar nuestra voluntad. Vivimos porque amamos. Y es nuestro amor inmortal, amor el más grande, el más fecundo, el más poderoso porque es impersonal, porque conserva y reproduce la vida sin descanso, porque estimula en nosotros la inextinguible sed de lo perfecto, porque nos hace

dueños absolutos de nuestros destinos más allá de este mundo».

Sin duda alguna, es el autor de la novela quien habla por boca de Luis; es el propio José García Acuña quien reflexiona sobre la vida, con melancólica serenidad, ante la fatalidad inevitable de la muerte. Si el asunto de la novela apoya en hechos reales, más o menos idealizados por su autor, la conclusión que podría sacarse es que José García Acuña revive en *La Mariñana* episodios de sus años juveniles, recreando un ambiente que le era querido, que cobraba más fuerza en razón del alejamiento forzoso de su patria. Hay, pues, en la novela, más aún que biografía de personajes, autobiografía de un hombre que ha corrido mundo, pero que ama el rincón en que nació, el murmullo del río que acunó su niñez, que recuerda el tañido de la campana, el rumor del viento, la alegres fiestas de la ciudad y la compañía de amigos inolvidables. Para un hombre tan sensible e ilustrado como José García Acuña la experiencia de su fracaso matrimonial en el extranjero también ayudaría a avivar estos recuerdos, a rememorar la gracia, la frescura y la irreprimible frivolidad de una Sabela de carne y hueso, que constituyó su ideal de mujer en las vacaciones estivales que disfrutaba en Betanzos.

Con Sabela, la mariñana, se revive una época todavía no muy lejana. Reconstruir el tejido social de una ciudad familiar como Betanzos, tal como era a principios de siglo, es el mayor mérito que podemos atribuir a José García Acuña. El costumbrismo local transparece en la novela a la luz de unas descripciones que son a veces lo más logrado de la obra y hoy, ciertamente, lo que, como testimonio histórico, más puede interesar al lector: revivimos así el bullicio y la algazara de la noche de San Juan en la calle de la Ribera; los cuatro días de jolgorio y regocijo de las tradicionales fiestas en honor a San Roque; el cotilleo y los noviazgos de las costurerillas brigantinas; las chácharas y el pasatiempo del café de Madrid y de los salones del Liceo Recreativo; el ambiente pintoresco de la excursión al campo de los Caneiros, y, en fin, el perfil tan exacto, tan bien reproducido, de esos personajes populares que constituyen tantas veces la salsa o el hazmerreir de todo un pueblo.

José García Acuña daba rienda suelta, pues, en *La Mariñana*, a los recuerdos inolvidables de sus años mozos. No vamos a otorgarle una gran originalidad por esta muestra de un género costumbrista tan en boga. En parte, José García Acuña era deudor de la gran creación novelística de doña Emilia Pardo Bazán, pero atemperando los excesos naturalistas de la autora de *Los pazos de Ulloa* al ambiente más suave, más dulce y ensoñador de la tierra de Las Mariñas. Sabela la mariñana no llega ni mucho menos a la degradación moral de la criada de Pedro Moscoso en *Los pazos de Ulloa*. El planteamiento de ambas novelas es radicalmente distinto porque el mundo rural rebajado, asfixiante, de *Los pazos de Ulloa* difícilmente concuerda con el ambiente mucho más ameno, sensual y voluptuoso si se quiere, en el que se desenvuelve la protagonista de *La Mariñana*. Sabela es retozona, alegre, frívola, pero sólo cede a la llamada del deseo y pierde la honra con engaño premeditado, en situación que ella misma no domina y de la que es víctima. Todo lo demás, en su sufrimiento, en su parto, en su propia muerte, es un caminar hacia la redención del alma, como si del fracaso de un día pudiera esperarse, para ella y para todos los que la rodeaban, la victoria de la eternidad.

Con esta apoteosis moralizante la novela costumbrista de José García Acuña toma un giro que la ennoblece en sus fines, giro buscado adrede por su autor para que la novela, con todo su melodramatismo final, sirva de desahogo a la pesadumbre serena, a la filosofía de la vida en un sueño ideal y de perfección del escritor brigantino.

#### 4. REGIONALISMO Y VERTEBRACION DE ESPAÑA

Decía don Félix Estrada Catoyra en su contestación al discurso de recepción de José García Acuña en la Real Academia Gallega que este hijo ilustre de la ciudad de Betanzos se convirtió en regionalista entusiasta desde los días escolares en que oyó de los labios del propio Alfredo Brañas los exaltados acentos de su propaganda autonomista, que cuajó al fin, andando los años, en la traducción que hizo del libro *El Regionalismo* de J. Charles Brun, prologada por Salvador Canals y avalada por extensas apostillas, notas, comentarios y apéndices, en los que se estudia la evolución histórica del ideal regionalista en Cataluña, el País Vasco y especialmente en Galicia (12).

Aquellos sentimientos regionalistas de Alfredo Brañas, que a tantos cautivaron, tuvieron en José García Acuña un ponderado y estudioso continuador. Las lecciones de Brañas no fueron olvidadas y nunca, desde los años juveniles en que era estudiante en Compostela, dejó ya de preocupar a José García Acuña el problema regional y la organización y vertebración de la nación española en un Estado rigurosamente moderno. De entre las muchas actividades a que hubo de aplicarse José García Acuña —preferentemente, por supuesto, las relacionadas con sus servicios diplomáticos en tierras americanas— ninguna quizá fue acogida por él con más fervor que ésta de

(12) Cf. Real Academia Gallega, *Discursos leídos en la recepción pública del señor don José García Acuña como Académico de número el 15 de noviembre de 1932*. La Coruña, Imprenta Moret, 1932, pág. 77 y sgs.

formular una teoría del regionalismo federativo, llevando a la práctica unos ideales federalistas que concordaban en parte con los que movían a las sociedades y sindicatos agrarios de principios de siglo.

No obstante, José García Acuña iba aún mucho más allá. En su ensayo bajo el título *Idearium regionalista*, publicado por Ediciones de «El Noroeste» el año 1925 (13), su propósito trasciende cualquier planteamiento restringido de carácter regionalista o autonomista para intentar una interpretación en su conjunto de la crisis general de las instituciones políticas. Es el mismo intento de Angel Ganivet por ilusionar de nuevo a los españoles en el trance amargo y trágico del 98, en la ocasión de un drama nacional como fue el de la descolonización americana, que tan de cerca había vivido, Dios sabe con cuánta tristeza y desolación, el diplomático José García Acuña. Ganivet y García Acuña forjaron sus ideas sobre la restauración de la vida espiritual de España en una meditación intensa desde fuera, desde el contacto exterior con otros pueblos, fuese en Europa o en las tierras ultramarinas de América. Uno y otro habían representado a su país en el extranjero y, quizá desde esta óptica de españoles fuera de España, comprendiesen mejor la problemática de una nación en crisis, cuyo porvenir tendría que descansar en una vertebración original de sus fuerzas tradicionales haciendo de España un pueblo solidario y consciente, amante del progreso, que aborrezca y destierre la abulia, mal endémico que tanto en Ganivet como en García Acuña facilita la degeneración colectiva, la exaltación del egoísmo individual y la disminución de las aptitudes para la acción.

Es bien sabido que Ganivet prefigura el 98 y la generación de escritores que conocemos con este nombre. El *Idearium español*, que está datado en ese año clave de nuestra historia contemporánea, constituye un ensayo genérico, apasionado, que busca descubrir, como dice Laín Entralgo (14), el espíritu profundo y auténtico de España, casi virgen todavía, desde el punto de vista histórico, al cabo de tantos y tantos siglos de historia española. El *Idearium regionalista* de José García Acuña, bastante posterior en el tiempo (15), no es ajeno a los propósitos regeneracionistas de Ganivet, pues expresamente lo cita al contrastar los hechos históricos con el espíritu permanente que el territorio crea e infunde en nosotros (16), pero se atiende también a las lecciones del ideario regionalista, postulado por Alfredo Brañas, y no deja de ahondar en las vicisitudes que conformaron, a través del tiempo, la realidad política de la nación española. José García Acuña estudia con cierto detalle los hitos principales del acontecer histórico y, como su objetivo está claramente prefijado, ya que no es otro que el de hallar el origen del regionalismo español, no puede menos de alejarse de los prejuicios de Ganivet y de su defensa a ultranza del arabismo, que en las páginas del *Idearium español* le lleva a afirmar que la creación más original y fecunda de nuestro espíritu religioso arranca precisamente de la invasión árabe. Es curioso que José García Acuña acometa el empeño de vertebrar España sobre la base del regionalismo, y que no se le escape, junto al estudio del cesarismo castellano y el federalismo aragonés, un ahondamiento en el fenómeno del andalucismo, tomando como punto de partida el texto del *Ideal andaluz* de Blas Infante, aparecido en Sevilla en 1915. Lo que hoy es teoría actual, ya lo era para la visión perspicaz de José García Acuña, que dedica todo el capítulo V de la primera parte de su *Idearium regionalista* a deslindar el verdadero andalucismo de los sucedáneos castizos y de exportación, y de los tópicos superficiales y coloristas con los que se confunde a menudo Andalucía. Habría que rectificar en parte a Ganivet y, en el caso de Andalucía, ponderar tanto la original fisonomía de esta región, asimiladora de razas, culturas y civilizaciones en el acontecer de la historia, como el hecho mismo de la invasión y permanencia de los árabes en su territorio. José García Acuña lo entiende así y, por ello, el regionalismo andaluz es una pieza más a considerar en el entramado de la constitución regional que él preconiza para España.

Evidentemente, el ideario regionalista de José García Acuña quiere descansar en premisas históricas, fundamentarse realmente en ellas. «Desde los albores políticos de la nacionalidad hispana, contra la tendencia absorbente del Estado —dice en su *Idearium regionalista* (17)— reaccionan las energías regionales en sus luchas frente al poder de Roma y luego contra sus imitadores los monarcas visigodos. La sumisión de las regiones nunca fue total ni definitiva». Adormecida acaso mientras persistía la fuerza de un poder absoluto, desaparecía al claudicar el Estado y abatirse su poder. Pero, ¿cómo, entonces, aflojados, rotos en muchos momentos los vínculos creados por la fuerza, ha podido realizarse el milagro histórico de nuestra existencia colectiva? Para José García Acuña la explicación es relativamente sencilla: las regiones peninsulares, que lógicamente debieran tender a independizarse y a dislocar la nacionalidad

(13) Este ensayo, concebido como un trabajo para optar al premio del certamen celebrado en Santiago en 1918, con ocasión de la Semana Regionalista, es objeto de un estudio monográfico por nuestra parte en el *Anuario brigantino* correspondiente a 1986.

(14) P. Laín Entralgo, *La generación del noventa y ocho*, Col. Austral, Espasa Calpe, S.A., 4ª ed., Madrid, 1959, pág. 162.

(15) Ya se ha dicho antes que este ensayo fue premiado en 1918, con ocasión de la Semana Regionalista y, por tanto, hay que suponerlo escrito en ese año o en los inmediatamente anteriores.

(16) Cf. *Idearium regionalista*, págs. 14 y 30.

(17) *Ob. cit.*, pág. 8.

las  
de  
lo  
ito  
ira  
el  
) y  
ue  
ía  
de  
se  
el  
la  
ón  
ite  
en  
la  
on  
ria  
ín  
de  
de  
los  
el  
las  
las  
sé  
su  
no  
lel  
ly  
ue  
ue  
un  
al  
la  
su  
de  
ía.  
ial  
la  
sé  
en  
as  
ad  
—  
us  
a»,  
el  
los  
cia  
es  
ad  
e la  
que



*José García Acuña*

erigiéndose en Estados soberanos, se federaron instintivamente y se asociaron en plena libertad para realizar en común los fines primordiales del Estado y garantizar, ante el ataque ajeno, la independencia del territorio nacional. Y he aquí una interpretación que él mismo recoge, repetida luego muchas veces de manera parcial e interesada: fue el Estado el que conspiró constantemente contra la nacionalidad en España y precipitó a Portugal y a Cataluña, lo mismo que a las colonias de Ultramar, a las locuras separatistas que mancillan nuestra historia (18).

La federación administrativa, sinónimo de regionalismo, es la fórmula que propone José García Acuña frente a estos dos peligros: el centralismo como sostén del caciquismo y causa del descastamiento espiritual de España, y el separatismo peninsular que es, en cuanto doctrina, un absurdo, y en la práctica un atentado de lesa biología. Porque «las regiones españolas —lo dice textualmente el *Idearium regionalista* (19)—, como todos los miembros que constituyen un organismo normal, son biológicamente solidarias y psicológicamente indispensables para la existencia de España como nación independiente y dueña de sus destino».

Curiosamente, el concepto político del centralismo se pone en parangón con el concepto racionalista del Estado y, a partir de Kant y sobre todo de Hegel, con la presunción de que ha de ser el Estado, supremo definidor del derecho, quien resume, define y centralice toda la actividad jurídica de un pueblo. El Estado, pues, se convierte en cerebro de la nación y, frente a él, sólo cabe oponer un elemento psicológico, en cierto modo irracional, por el cual se explica la permanencia de un estado de conciencia colectiva y solidaria, esto es ese *quid ignotus* en su esencia, pero claramente visible en sus efectos, que sirve de aglutinante a los elementos étnicos, filológicos, geográficos, históricos y jurídicos que contribuyen a la formación de una nación (20). José García Acuña apuesta firmemente por el elemento psicológico como factor determinativo que influye más sobre el carácter que sobre la inteligencia. Sobre el carácter, y no sobre la inteligencia, conforme a la teoría de Le Bon, se fundan las sociedades y los imperios; y es el carácter precisamente lo que permite a los pueblos sentir y obrar, diferenciarse y rivalizar entre sí.

Pero, por lo mismo que el Estado ha de ser algo más que una entelequía, un ente de razón, conviene a su praxis una realidad de vida, una exuberancia biológica que anime los sistemas, los órganos, los tejidos y los humores de todo el cuerpo nacional, transformando, ordenando y particularizando la masa bruta de la nación, y convirtiéndola en materia organizable. El Estado garantiza el equilibrio funcional, es como el alma, que se encuentra en todo el cuerpo de la nación, y toda en cada una de sus partes. Hablando en términos médicos, para referirse concretamente a los males de España y a la crisis y desintegración del Estado, José García Acuña propone agentes terapéuticos sintomáticos que, en primer lugar, atiendan a la curación de un grave mal idiopático, como el de la abulia, que ya desde los tiempos de Larra se había denunciado como fenómeno de degeneración colectiva y debilitación para la acción. Nada bueno podría esperarse para el futuro de no conseguir erradicar ese vicio nacional. Porque mientras los españoles sigan padeciendo —continúa diciéndonos en su ensayo José García Acuña (21)— lo que los alienistas llaman «delirio de contacto», esto es la incapacidad para soportarse los unos a los otros, no sólo no lograrán cohesionarse y superar la rutina y la inercia tradicionales, sino que ni siquiera alcanzarán conciencia viva de su personalidad como pueblo, dejándose conducir fácilmente por las oligarquías que asolaron a España durante los siglos pasados.

Empero, frente al pesimismo que produce ese mal crónico de España, frente a la fatalidad de la crisis y la exaltación del egoísmo individual, hay esperanza de regeneración si se logra aplicar una verdadera terapéutica para los males de la nación, que no es otra para José García Acuña que el método o disciplina regionalista. Esta terapéutica rechaza tanto la idea del *Rechts-Staat*, esto es del Estado gendarme, «cuya única misión se reduce a servir de espantajo decorativo», como la del *Estado Moloch* de Hegel, que proclama el absolutismo del Estado-providencia, «protector de haraganería individual» (22). En este punto, José García Acuña se inclina decididamente por la realización de un Estado moderno, conforme a Derecho, que tenga perfectamente delimitadas sus funciones —por ejemplo, todo lo que concierne a los servicios públicos, a la organización de las fuerzas militares, a la política general, a la magistratura, a la diplomacia, y a los grandes medios de transporte y de relaciones entre las diversas partes del territorio—, pero que, a la vez, deje un campo de acción vastísimo a la iniciativa privada, favoreciendo el legítimo desarrollo de los organismos y grupos intermedios entre la familia y el Estado. Este, como el alma, ha de encontrarse todo en el cuerpo de la nación, y todo en cada una de sus partes. Pero, para que esto sea posible, para que el alma del Estado se pasee por todo el cuerpo de la nación, dándole la fuerza vital que transforme, ordene y particularice las fuerzas latentes en este organismo, habrá que combatir la

(18) *Ob. cit.*, pág. 9

(19) *Ob. cit.*, pág. 113

(20) Tal es la tesis que se expone por José García Acuña en el capítulo VI de la primera parte del *Idearium regionalista*, bajo el título *Base psicológica del regionalismo*, págs. 75-94.

(21) *Ob. cit.*, pág. 151.

(22) *Ob. cit.*, pág. 160.

atrofia, restablecer el equilibrio funcional y, urgentemente sobre todo, *restaurar la vida local* (23).

El primer objetivo es éste, porque así, con esta fórmula, José García Acuña cree poder aplicar el bisturí del cirujano al órgano más sensible y más primario en todo el proceso de descentralización. Así también, puede llegar a resolverse una de las más graves antinomias que ha padecido hasta el presente España: por un lado, una centralización asfixiante, y por otro, esa necesidad cada día mayor de aire libre, de movimiento, de vida autónoma que experimenta todo el cuerpo social.

La fórmula de ordenación de estos dos elementos o energías, de deslinde y armonización de sus propias competencias, no puede hallarse, según José García Acuña, fuera del *regionalismo federativo*. El *regionalismo* supone para la reorganización interior de una nación excesivamente centralizada, lo que la *confederación* para las uniones de Estados. Ambas soluciones — *confederación* y *regionalismo*— tienen como común denominador el *federalismo*, solución organizativa que José García Acuña interpreta de dos maneras: o bien como *federalismo político* —que sobrepone a toda otra autoridad, municipal, provincial o regional, la autoridad federal—, o bien como *federalismo administrativo*, más propia y brevemente llamado por él *regionalismo*, y que toma como punto de partida la organización establecida en Inglaterra por la *Local Government Act*, que respeta la más pura tradición de las instituciones provinciales y municipales, de los condados, parroquias, asambleas parroquiales, uniones de parroquias y burgos parlamentarios.

Inspirado fuertemente en las enseñanzas de la *Rerum Novarum* del Papa León XIII, hasta el punto de considerar de modo fundamental el catolicismo como agente federativo, José García Acuña, que aprobaba también en gran parte la doctrina jurídica y política de don Antonio Maura, contempla con esperanza para España un ideal democrático cristiano que sólo puede alcanzar solidez dentro de la organización regionalista. Prácticamente, las ideas madres de este regionalismo, expuestas ya en nuestro estudio sobre *El ideario regionalista de José García Acuña* (24), no son otras, aunque parezca paradójico, que las que hizo suyas la Revolución francesa de 1789 y el liberalismo del siglo XIX: la idea de *libertad* aplicada a la personalidad humana y la de *nacionalidad* que es su corolario aplicado a los pueblos; la idea de *igualdad*, base de la democracia, considerada en su justo sentido de igualdad ante la ley; y la idea de *fraternidad* que, unida a la de *solidaridad*, está en el origen del socialismo contemporáneo (25).

José García Acuña, con talante verdaderamente liberal, avanza de manera pragmática en la realización de ideales emancipadores y sociales, aunque rehúya por principio cualquier apelación a la lucha de clases. Es un hombre de derechas, pero revolucionario día a día y enemigo en todo caso de unos ideales que se circunscriban a «conservar lo adquirido», a defender con uñas y dientes intereses y privilegios, estados posesorios o fosificaciones intelectuales o jurídicas que chocan abiertamente con una concepción del Estado moderno asentada en la libertad social, con el perfecto equilibrio de las libertades individuales, y en la libertad nacional como resultante de las libertades locales perfectamente equilibradas (26).

\* \* \*

Ganivet y García Acuña coincidieron ciertamente en muchas cosas en sus análisis de la situación política de España. El propio García Acuña lo reconoce en su *Idearium regionalista* al glosar las palabras admirables de Ganivet con las que termina el capítulo B de su *Idearium español*: «Una restauración de la vida entera de España no puede tener otro punto de arranque que la concentración de todas nuestras energías dentro de nuestro territorio» (27). Poniendo cada cosa en su sitio, dando a cada uno lo suyo, a la nación lo de la nación, a la región lo de la región, al municipio lo del municipio, esa restauración de la vida nacional será posible, según José García Acuña. Adoptando el método y la disciplina del regionalismo, por el juego normal de las libertades públicas y la consolidación del equilibrio político se hará factible asimismo la capacidad de reforma necesaria que ponga en marcha y modernice la anticuada, y ahora inservible, máquina burocrática del Estado.

En Galicia concretamente el despertar del regionalismo federativo se asocia con el agrarismo de principios de siglo y la organización de sociedades y sindicatos agrarios de carácter municipal, comarcal y provincial que crean a su vez la Confederación regional de agricultores gallegos. Este movimiento federativo cuenta con la complacencia y aprobación de José García Acuña, sobre todo después de la celebración del II Congreso agrario, que tuvo lugar en La Coruña los días 11, 12 y 13 de abril de 1924 y que aprobó definitivamente su Reglamento. La estructura

(23) *Ob. cit.*, pág. 165.

(24) Publicado en el *Anuario brigantino*, nº 9, correspondiente a 1986, págs. 129-134.

(25) *Ob. cit.*, pág. 205.

(26) *Ob. cit.*, pág. 208.

(27) Palabras que recoge *Idearium regionalista*, pág. 227.

adoptada por la representación del agrarismo gallego, reunida en Asamblea regional, tiene, a juicio de José García Acuña, la característica más acusada del sistema federativo, en cuanto que se aplica evolutivamente de abajo arriba y favorece de este modo la formación de grupos básicos, tomando como unidad-tipo la parroquia, a cuyo crecimiento ayuda a la vez que ampara sin reservas su autonomía (28).

Este movimiento federativo, robustecido y estimulado por una constante gimnasia cultural — mítines, conferencias, cátedra ambulante, concursos agrícolas —, despierta grandes entusiasmos en José García Acuña por lo que supone de toma de conciencia de la solidaridad regional, característica de la personalidad. «Cada región — manifiesta con loable optimismo en su ensayo — comienza a tener su vida propia, económica y política, dentro de la unidad nacional. Surge también, y se establece de una región a otra, y por las mismas causas, una noble y fecunda emulación» (29). He ahí un motivo más para que José García Acuña, aun mirando con simpatía a los modelos de reforma europeos de Bélgica y de Inglaterra, haga suyo el aforismo de Ganivet, imitado de San Agustín: *Noli foras ire; in interiore Hispaniae habitat veritas*. Una misma ilusión se apoderaba de los dos hombres. Por un momento, el escritor, el diplomático, el hombre de mundo que fue José García Acuña veía amainarse los vientos demoleedores y las ráfagas calenturientas que abrasan, conmueven y aniquilan espiritualmente a los españoles. El esfuerzo fundado en la disciplina, en un ideal de convivencia que la propia naturaleza humana exige, parecía a los ojos de José García Acuña, junto con el afán por propagar la ciencia, por hacerla práctica y utilizable, un añorado despertar — quizá más añorado y deseado que real — para una nación embrutecida, exánime, inerte y abúllica como lo era en gran medida la España de su tiempo.

## 5. CONSIDERACION FINAL

A grandes rasgos, éste es el esbozo de lo que fue la vida y la obra de dos brigantinos ilustres: los hermanos Fernando y José García Acuña. Como se puede apreciar, hay en ambos inclinaciones comunes, que se centran especialmente en el campo de la actividad y del trabajo periodístico; pero hay también el desenvolvimiento, la plasmación de una honda vocación, que en Fernando García Acuña se concreta sobre todo en su obra poética, y, en su hermano José, en los estudios del Derecho, la historiografía, la narración y el ensayo. La vida tan breve de Fernando García Acuña le impidió convertirse, seguramente, en uno de los grandes poetas de Galicia; la vida más larga y más azarosa, a caballo entre España y América, facilitó a José García Acuña un conocimiento más amplio de los hombres y, por ende, una comprensión más serena, más desapasionada de los hechos históricos, servida además por una cultura que se alimentaba de las fuentes del Derecho y buscaba solución a los problemas de sociabilidad y de organización del Estado moderno.

Uno y otro hermano concordaban en sentimientos y afanes nobles. Amaban a su tierra, trabajaban por ella y, en el fondo de su corazón, sentían ambos el irresistible atractivo de la hermosa tierra de Cuba, la isla todavía española cuando fuera cuna de su madre. En Fernando

(28) El agrarismo en sus distintos niveles de significación fue estudiado con bastante detenimiento por José Antonio Durán, que ofrece un resumen de sus trabajos en el artículo de este mismo título de la *Gran Enciclopedia Gallega*, t. I, págs. 141-144. Desde comienzos del siglo XX Galicia conoce una inusitada actividad societaria, a la que se refiere José García Acuña en su *Idearium regionalista*, centrada en gran parte en torno al redencionismo foral, pero con derivaciones que tendrán muy pronto un decidido carácter político. En las luchas agrarias de los primeros años de este siglo intervienen sindicalistas, prohombres republicanos, regionalistas, carlistas y neocatólicos y no puede parecer extraño unir el nombre de García Acuña al del tribuno Vázquez de Mella, con el que tenía ideas en común. El semanario *La Defensa*, de Betanzos, cuyo primer número se publicó el cinco de agosto de 1906, se hizo eco en sus páginas de los ideales agrarios y tomó a su cargo la defensa de las Asociaciones de agricultores del partido judicial, constituyéndose en órgano suyo y recabando para sí la legítima representación de toda la clase trabajadora en la que engloba de manera un tanto confusa tanto a propietarios como a colonos. *La Defensa* quería poner al descubierto la absurda situación en que se encontraban los campesinos de las Mariñas, víctimas de la tiranía y del caciquismo y prisionados «por esas taifas de escribas y fariseos traidores, explotadores del sudor del pobre y del caudal del rico», como se afirmaba en un editorial del número correspondiente al doce de agosto de 1906. «Guerra santa» llegó a proclamar *La Defensa* esta lucha de los agricultores contra las odiosas organizaciones caciquiles; guerra contra vicios nefandos, contra viejos hábitos fuertemente enraizados, que sólo una labor de apóstoles, con hermosos sentimientos altruistas, sería capaz de desarraigar. No obstante, si bien se observa, tras esa línea de actuación que se había marcado el periódico, subyace otra de tintes demagógicos que entraña de lleno en la polémica localista para terminar defendiendo abiertamente una candidatura popular, integrada por los concejales Víctor Naveyra y Julio Romay, en contra de los candidatos que propugnaba el semanario *La Aspiración*, «perrillo ladrador», según *La Defensa*, de los más bajos intereses caciquiles.

Betanzos fue, por aquellos años, centro de resonancia de las actividades de las Asociaciones de agricultores. Siguiendo semana tras semana la publicación de los números de *La Defensa* podemos darnos cuenta de la relevancia de estas actividades, que culminaron en sucesos luctuosos contra los «solidarios» a finales de febrero de 1908, glosados muy ampliamente por el mismo periódico brigantino en su número de uno de marzo. A tal punto de enfrentamiento y exasperación se había llegado que el clamor de Betanzos y de Galicia tuvo eco inusitado en los periódicos barceloneses y madrileños, que pedían, de manera unánime, una mayor atención a la situación agraria de Galicia. Los llamados «sucesos de Betanzos» conmovieron un tanto a la opinión pública nacional después de las intervenciones en el Congreso de los diputados de los señores Rodés y Portela, y el diario *ABC* de Madrid, glosando la sesión de Cortes que se dedicó a ellos, no se recataría en decir: «La impresión que los oyentes sacaron fue la de que existe en Galicia un problema hondo y grave, del que los sucesos de Betanzos, los atropellos de algunos campesinos y los rigores de las autoridades en la defensa del derecho privado no son más que una consecuencia inevitable y un síntoma alarmante de aquel mal». (Cf. J.A. Miguez, *Historia y vicisitudes del periodismo brigantino*, Betanzos, 1960, págs. 75-78).

(29) *Ob. cit.*, pág. 218.

García Acuña alentaba su doble condición de cubano y de gallego —de cubano de origen y de gallego de adopción— y no ha de extrañar por ello esa oscilación de deseos y sentimientos, ese deambular de su espíritu entre dos patrias que le eran igualmente queridas:

*América doume a lus  
pr'os ollos da miña cara;  
e Galicia, ista Galicia,  
douma pr'os ollos da alma.*

En José García Acuña, nacido precisamente en la ciudad de Betanzos, la oscilación de sentimientos entre una y otra tierra era idéntica a la de su hermano. Participaba como él, sin dejar de considerarse profundamente gallego, en el tirón afectivo hacia la tierra de su madre: «Galicia, Cuba —dice en su discurso ante la Asociación iniciadora y protectora de la Real Academia Gallega en La Habana el dieciséis de abril de 1926 (30). Entre estos dos nombres, que tienen para mí afecto el prestigio del blasón flanqueado por dos columnas, en cuyo fuste luce el «Plus Ultra» de mi vida toda, ha oscilado siempre mi amor, alternativamente atraído por la fuerza magnética de los dos polos que aquellos nombres simbolizan». Y añadía inmediatamente: «Gallego por nacimiento, cubano por devoción ante la imagen veneranda de mi madre, no sabría nunca discernir, en el trance de una introspección decisiva como una autopsia en vida, donde comienza en mí lo gallego y donde termina lo cubano». Maniqueísmo subconsciente, como él mismo declaraba, que fundía espontáneamente su naturaleza de gallego con la sangre materna que le hacía sentirse cubano.

Por una vez, en el tránsito definitivo hacia el más allá, los deseos más íntimos de Fernando y José García Acuña tuvieron un riguroso cumplimiento. A Fernando García Acuña se le enterró en el cementerio de Betanzos, al día siguiente de su muerte, el diecisiete de enero de 1895; dejaba tras de sí una estela de escritor costumbrista y de poeta romántico malogrado, que llegaba con fuerza a las tierras de América y hacía brotar allí, en los amigos inolvidables, lágrimas de recuerdo y de emocionada despedida (31). A José García Acuña, fallecido en La Coruña el día nueve de junio de 1933, se le condujo en la tarde del día siguiente a la tumba familiar en el cementerio brigantino, y grande fue el dolor de todos. «la sentida manifestación de duelo», como decía rutinariamente *La Voz de Galicia* de La Coruña, que acompañó su cadáver hasta la última morada. En la sesión semanal ordinaria del día diecisiete de junio (32), el concejal José Novo Rodríguez se hizo eco de la pérdida de este ilustre brigantino y solicitó de la Corporación municipal, en moción que fue aprobada por unanimidad, se diese el nombre de José García Acuña a la biblioteca pública que debería instalarse en el nuevo parque en construcción, y se colocase un sencillo busto en el jardín, para honrar así «al betancero José García Acuña —así se decía en la moción—, al que no se ha rendido en vida el homenaje que se merecía, por su acendrado cariño a la tierra, su caballerosidad y su hombría de bien».

Pero los pueblos, como los niños, son con frecuencia frágiles de memoria y, por tanto, fácilmente olvidadizos. La moción del concejal Novo Rodríguez, después de aprobada, durmió para siempre su sueño interminable entre el polvo de los legajos abandonados. Ni busto, ni nombre alguno de biblioteca pública, o siquiera de plaza recoleta, enaltece hoy, por tanto, en Betanzos la memoria de José García Acuña. De su hermano Fernando apenas se recordará otra cosa que el desinterés y entusiasmo de su labor periodística, sacada a luz recientemente con motivo del centenario de *El Censor*. Y, sin embargo, está ya a la vista, para urgente recuerdo de todos los brigantinos, el centenario de la colección de *Orballeiras*, publicada en Betanzos en 1887 por un poeta que amaba la soledad de la noche y escribía renglones, versos mal escritos —así al menos decía él humildemente— con el temblor de un corazón herido, peregrinando acaso, sin mucha esperanza, por el extraño desierto de este mundo.

Quedó, pues, cumplido tan sólo aquel deseo reiteradamente expresado por los dos hermanos de reposar, tras su muerte, en la amada tierra mariñana. A ellos dos, al generoso y malogrado poeta romántico Fernando García Acuña, y al diplomático, escritor y académico José García Acuña, que ocupó el sillón de Don Manuel Murguía en la Real Academia Gallega, vaya ahora como un gesto de buena voluntad por nuestra parte nuestro más emocionado recuerdo, sin otro afán que el de reparar una injusticia y honrar y enaltecer como es debido su memoria.

(30) Cf. *Boletín de la R.A.G.*, t. XVI, núm. 186, septiembre de 1926, pág. 148 y sgs.

(31) *El Eco de Galicia*, órgano de los gallegos residentes en las repúblicas sudamericanas, daba la noticia del fallecimiento de Fernando García Acuña en el número 121, publicado en Buenos Aires el veintiocho de febrero de 1895. El director de este periódico, M. Castro López, recogía la infausta nueva que le transmitía a su vez el corresponsal en Betanzos, de *El Diario de Galicia*, periódico que continuaba en La Coruña la larga trayectoria del semanario brigantino *Las Mariñas*, bajo la batuta del hijo de esta comarca Agustín Corral. Las últimas palabras que le dedicaba M. Castro López, eran éstas: «Descansa tranquilo, poeta; poeta del amor, *d'a terraña*, de la libertad, de la nación española. Los que aún quedamos luchando en este mundo, *valle hondo, oscuro*, cual dice Fr. Luis de León, y te conocíamos suficientemente, tendremos siempre para tu memoria consideración y cariño».

(32) Archivo municipal de Betanzos, «Actas municipales, del 22/2/1933 al 24/3/1934».



*Portada de la edición del «Idearium regionalista», de José García Acuña*